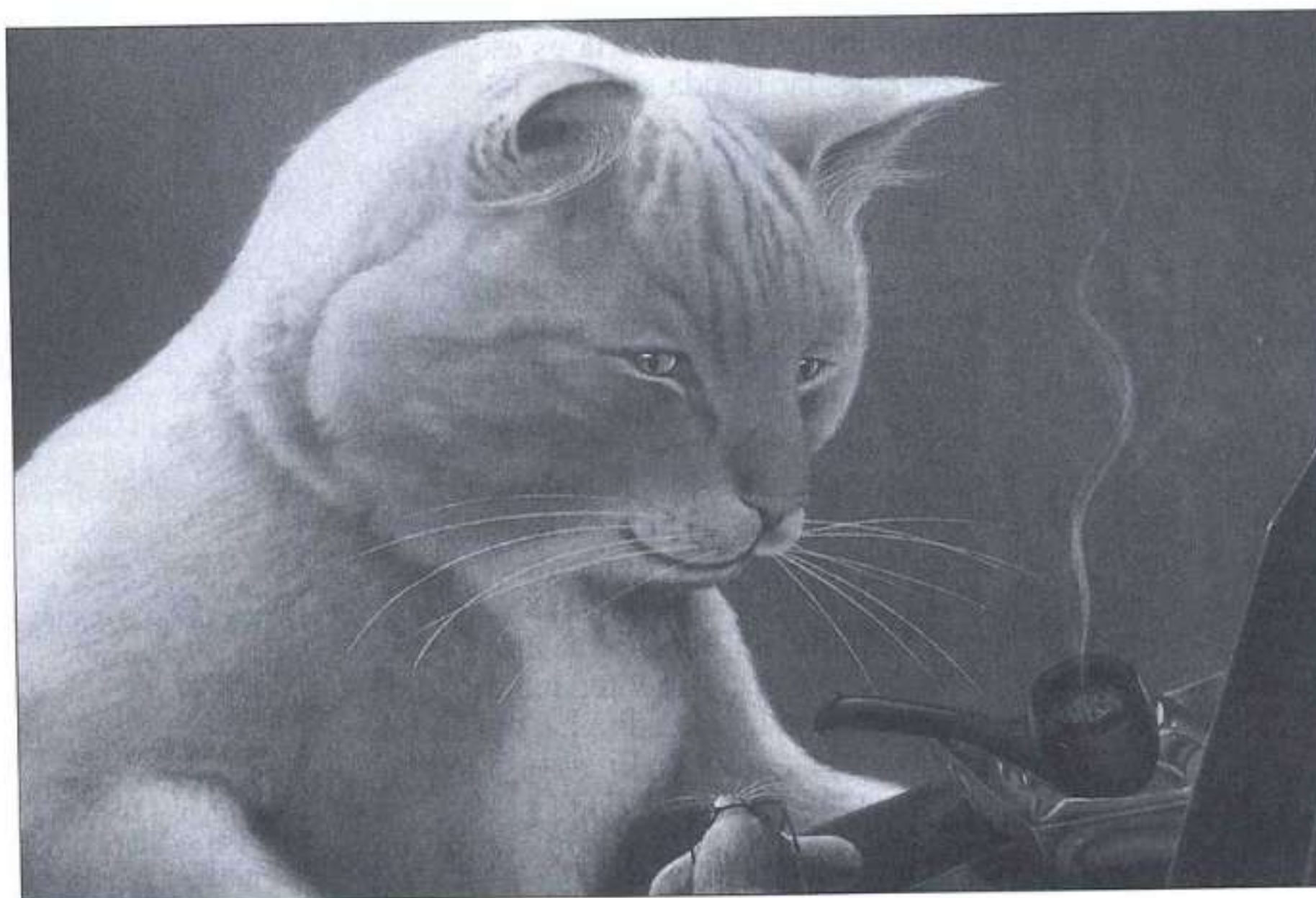


Los cuentos y el lenguaje políticamente correcto

por **Consol Aguilar Ródenas***



RICK LOVELL, CUENTOS INFANTILES POLÍTICAMENTE CORRECTOS, CIRCE, 1996.

A la luz de la trilogía que James Finn Garner escribió en contra de la perfección que ampara todo aquello políticamente correcto —Cuentos infantiles políticamente correctos, Más cuentos infantiles políticamente correctos y Cuentos navideños políticamente correctos—, la autora reflexiona sobre los usos lingüísticos como instrumentos que permiten el acceso autónomo y crítico a los saberes que con ellos se construyen. Frente a los sectores que piensan que es adecuado modificar en los cuentos aquellas expresiones «políticamente incorrectas», hay otros que ven en ello un atentado contra la libertad de expresión.

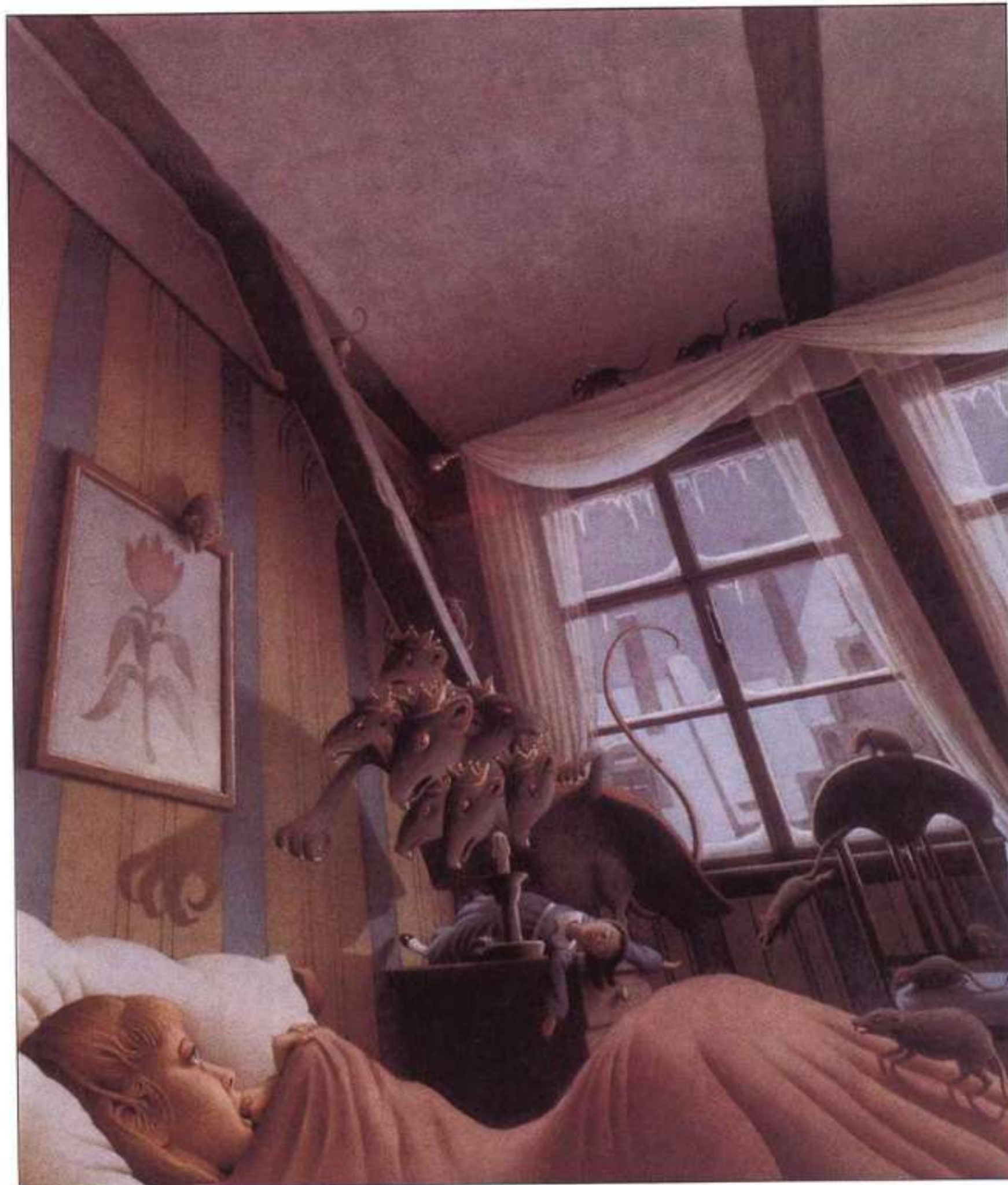
«Cuando un adulto lee un libro infantil o juvenil, situación excepcional, suele dejarse llevar por dos prejuicios. El primero consiste en suponer que un libro, cualquier libro por extensión, se presta sólo a la lectura que él hace. El segundo, derivado de éste, se comete en nombre de unos postulados —morales, sociológicos o políticos— que el adulto considera como axiomas: exige al libro que coincida con esos valores.

En ambos casos lo que hace el lector adulto es una lectura policiaca que violenta el encaje de bolillos que quiere ser toda narración. Tras esa autopsia lectora lo que queda es un conjunto de desacuerdos —o acuerdos, que es lo mismo— con el universo moral del lector. Después de la pesquisa, la condena es fácil. Consecuentemente, Tarzán es convicto de racismo colonialista, el Pato Donald es un agente del capitalismo trasnacional, las hadas modelos sexistas, y Buffalo Bill un rudo genocida. Tales lecturas son parciales y poco recomendables, puesto que cuelan de matute su mensaje oculto, sentencia el juez satisfecho de su agudeza adulta. Nadie es inocente cuando el que mira es un juez seguro de sí mismo.»

Fabricio Caivano,
«Leer sólo las líneas», en *CLIJ* 13, 1990.

«Porque el problema es que no todos los que comienzan a contarnos algo tienen realmente una historia que contar.»

Fernando Savater.
La infancia recuperada, 1981.



ROBERTO INNOCENTI, *EL CASCANUECES*, LUMEN, 1996.

Existe una abundante reflexión teórica sobre la función educativa de la literatura infantil y juvenil pero, como evidencia Teresa Colomer,¹ apenas se ha teorizado sobre qué es necesario para aprender a leer literariamente.

También se ha defendido la necesidad de formar enseñantes que tengan en cuenta que los usos lingüísticos desde la renovación educativa deben ser instrumentos que permitan el acceso autónomo y crítico a los saberes que con ellos se construyen, y no tan sólo instrumentos de transmisión, repetición y selección de conocimientos. Es decir, la ne-

cesidad de formar personas competentes en el uso del lenguaje teniendo en cuenta, además, que pertenecemos a comunidades basadas en la desigualdad y la diversidad.²

Lo que se puede decir y lo que no

Destaca Stenhouse³ que la función de la educación consiste en proporcionar la base sobre la que la cultura pueda modificarse y desarrollarse, y que el lenguaje que trabajamos en el aula debe convertirse en instrumento del pensamiento,

de lo contrario tenderá a estereotipar la experiencia. El lenguaje, como señalan Giroux y McLaren⁴ puede ser usado para forjar y legitimar distintas lecturas del mundo.

James Finn Garner ha escrito una trilogía en contra de la perfección que ampara todo aquello políticamente correcto y, con mucho humor, desgrana los tópicos del lenguaje políticamente correcto recurriendo a versiones disparatadas de los cuentos de Perrault, Grimm o Andersen, de las fábulas de Esopo y de algunos cuentos navideños como la *Canción de Navidad*, de Dickens.



Tal vez reflexionar sobre el lenguaje políticamente correcto y sus consecuencias en las lecturas de las personas, en los libros que se censuran a muchos niños y niñas, sea conveniente para observar cómo muchas de las ideologías que vindican cambios culturales profundos, en realidad se quedan en la corteza de los problemas y, en lugar de contribuir a favorecer medidas para no fomentar la discriminación, para consolidar el respeto a opciones distintas de todo tipo, contribuyen a una marcha atrás, porque la supuesta innovación educativa que defienden no implica un cambio real de actitud en relación a las creencias, senti-

mientos o prejuicios del profesorado. Y como denuncian Postman y Weingartner: «Cuando el aire está contaminado, el estudiante resulta intoxicado, a menos que contenga la respiración. La técnica de respirar es muy usada entre los estudiantes como defensa contra la intoxicación intelectual, pero suele conllevar —como fácilmente imaginarás— el suicidio por asfixia».⁵

El movimiento políticamente correcto (*politically correct*, el PC) surgió el año 1989 en los *colleges* universitarios norteamericanos entre personas de ideología de izquierda y militantes del ultrafeminismo. Estas últimas normativizaron

un código de conductas en el Antioch College. En este centro se consideraba comportamiento sexual políticamente incorrecto «aquel que impulsaba a besar, acariciar o piropear a una chica (o a un chico) sin antes preguntarle si le parecía bien que se le (o la) fuera a besar, rozar o halagar. No recibiendo permiso previo en cada uno de los pasos de la relación física, la actuación se consideraba abuso sexual y merecía castigo».⁶

A partir de aquí, la cultura de la élite norteamericana WASP (blanco, anglosajón, protestante) se convierte en cultura DWEM (*dead white european men*, es decir, hombres muertos, blancos, europeos), y se suprime del lenguaje oficial, del lenguaje en definitiva, todos los elementos que reflejan la dominación de la cultura occidental sobre el resto de grupos minoritarios de cualquier tipo.

Frente a esta situación, un sector admite que es adecuado modificar algunas expresiones que a lo largo de los siglos han ignorado el protagonismo de determinados grupos sociales o que, en ese momento, eran «políticamente incorrectas»; otro sector señala que estas modificaciones, en realidad, ocultan lecciones de eufemismo y atentan contra la libertad de expresión. A la vez que esto ocurre con el cambio de vocabulario, se produce un cambio de actitud y aparece la controversia en torno a la discriminación positiva o discriminación a la inversa.⁷

El año 1993, Henry Beard y Christopher Cerf publicaron un diccionario y un manual de uso, en clave de humor, con una excelente base documental, sobre lo que se puede y no se puede decir en los Estados Unidos. Además, y esta vez en serio, dos instituciones, el Smith College de Massachusetts y la Escuela de Periodismo de la Universidad de Misuri, editaron dos diccionarios respectivamente: el manual *Definitions* y el *Dictionary of cautionary words and phrases*.⁸

Con estos dos textos, el escritor norteamericano James Finn Garner escribió el año 1993 el libro *Cuentos infantiles políticamente correctos* (Circe, 1995) y, posteriormente, *Más cuentos infantiles políticamente correctos* (Circe, 1996) y *Cuentos navideños políticamente correctos* (Circe, 1997). Los textos inclu-

yen las propuestas de los diccionarios antes mencionados. Así la pobreza se convierte en una «profunda situación de desventaja económica» (*Cuentos infantiles políticamente...*, p. 37 y *Más cuentos...*, p. 15) y los pobres en «excluidos de los círculos normales de la actividad económica» (*Cuentos infantiles...*, p. 127), en «económicamente desfavorecidos» (*Cuentos infantiles...*, p. 55).

La bruja ya no es antipática, sino que es «una persona de amabilidad notablemente limitada» (*Cuentos infantiles...*, p. 57). Tampoco Cenicienta es una criada, sino «una empleada personal sin derecho a salario» (*Cuentos infantiles...*, p. 67). Los enanitos son «hombres verticalmente limitados» (*Cuentos infantiles...*, p. 91), la Sirenita se convierte en «una persona marina» (*Más cuentos infantiles...*, p. 60), y el leñador en un «carnicero arbóreo» (*Más cuentos infantiles...*, p. 16) o en un «técnico de combustibles vegetales u operario de la industria maderera» (*Cuentos infantiles...*, p. 19).

Los niños y las niñas se convierten en «preadultos» (*Más cuentos...*, p. 6) y los padres y madres en «proveedores de cuidados» (*Cuentos navideños...*, p. 31 y p. 50).

El tabú de la muerte en la sociedad actual hace que nombrarla se convierta en algo descabellado, así aparece como un estado de: «inviabilidad» (*Cuentos infantiles...*, p. 91), «extinción corporal» (*Más cuentos...*, p. 44), «no-esencialidad» (*Más cuentos...*, p. 115) o un «progreso hacia una situación posvital» (*Cuentos navideños...*, p. 76). Ya no hay tampoco personas viejas sino «notablemente dotadas desde el punto de vista cronológico» (*Cuentos...*, p. 98).

La misma visión de las cosas hace que un hombre alto y delgado aparezca como un «individuo verticalmente privilegiado y de peso inferior a la medida correspondiente a su estatura» (*Cuentos...*, p. 35) y un mendigo que pide limosna se transforme en «un personaje de los que habitualmente sobreviven ajenos al paradigma capitalista reinante» que «solicita una donación de tipo monetario» (*Más cuentos...*, p. 105). Las personas invidentes tampoco están ciegas sino «visualmente incapacitadas» (*Cuentos navideños...*, p. 122), los narizotas son

«nasalmente privilegiados» (*Cuentos navideños...*, p. 61), las prostitutas se convierten en «trabajadoras del sexo sin permiso de trabajo» (*Más cuentos...*, p. 108), las mujeres blancas en «cutáneamente empobrecidas en melanina» (*Cuentos...*, p. 80), las víctimas en «personas que han de convivir con un trastorno» (*Cuentos navideños...*, p. 117) y la impotencia se transforma en una «involuntaria suspensión de la actividad falocéntrica» (*Cuentos...*, p. 100).

La actitud que acompaña al uso lingüístico aparece señalada con socarrería por el autor, que destaca su intento por despojar a los cuentos «infantiles» más populares de la «cultura occidental» de las arbitrariedades y prejuicios existentes en las versiones originales (*Más cuentos...*, p. 11), aprovechando las enseñanzas de las leyendas y tradiciones orales para desarrollar un pensamiento crítico positivo (*Cuentos navideños...*, p. 11), y así destaca: «Deseo disculpar-

me de antemano y animar al lector a presentar cualquier sugerencia encaminada a rectificar posibles muestras —ya debidas a error o omisión— de actitudes inadvertidamente sexistas, racistas, culturalistas, nacionalistas, regionalistas, intelectualistas, socioeconomistas, etnocéntricas, falocéntricas, heteropatriarcales o discriminatorias por cuestiones de edad, aspecto, capacidad física, tamaño, especie u otras no mencionadas, ya que no me cabe duda de que mi intento por desarrollar una literatura significativa y desprovista de cualquier posible arbitrariedad y de la influencia de las imperfecciones del pasado ha de hallarse necesariamente sujeto a errores» (*Cuentos...*, p. 10).

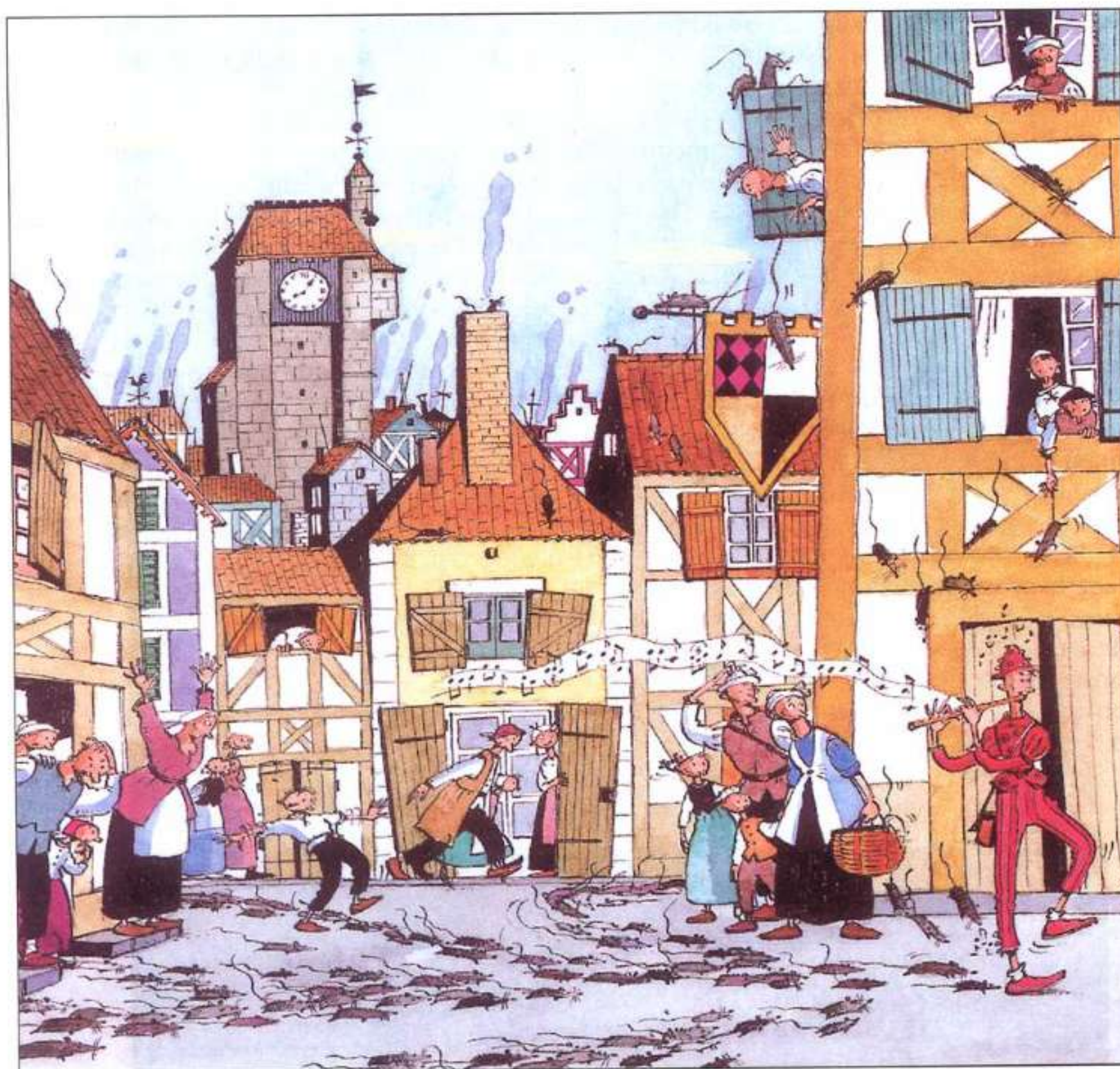
¿Un mundo mejor?

Los cuentos sirven para hacer patentes algunas de las ideas que se consideran



MAX, LA SIRENITA, LA GALERA, 1999.





CRISTINA LOSANTOS, EL FLAUTISTA DE HAMELÍN, LA GALERA, 1997.

«políticamente correctas» en Estados Unidos. En relación al estilo de vida, el personaje del sastre del cuento *El traje nuevo del Emperador*, propone la confección de un nuevo traje real sólo visible por «personas políticamente correctas, moralmente nobles, intelectualmente agudas y culturalmente tolerantes que no fuman, ni beben, ni encuentran diversión en las chanzas sexistas; personas que no ven demasiada televisión, que no escuchan música *country* y que no organizan barbacoas» (*Cuentos...*, p. 24).

El rechazo, la exclusión de la alteridad aparece en el cuento *El flautista de Hamelín*: «El pintoresco pueblecito de Hamelín poseía todo cuanto una comunidad puede desear: industrias no polucionantes, un tráfico ordenado y una amplia y equilibrada diversidad etnorreligiosa. De hecho, sus autoridades ha-

bían logrado ilegalizar o proscribir todos aquellos elementos que podrían haber impedido a sus ciudadanos el desarrollo de una existencia gratificante y confortable» (*Cuentos...*, p. 137). Aunque, eso sí, en este mundo feliz los tres cerditos construyen sus casas con materiales de la zona (*Cuentos...*, p. 31); las tres cabras cambian el lugar de pasto según la estación «para evitar agotar las reservas de su valle y así reducir al mínimo su impacto ecológico sobre el entorno natural» (*Cuentos...*, p. 45); la Sirenita se enamora de un príncipe que protesta contra la pesca con redes de deriva (*Más cuentos...*, p. 63); y Hansel y Gretel en su afán de proteger el hábitat se entregan alegremente al sabotaje y a dinamitar centrales de energía con explosivos fabricados a base de ingredientes naturales (*Más cuentos...*, p. 16).

El cambio en el concepto tradicional de familia nuclear aparece contemplado por el padre de Rapunzel que expone a la bruja: «Por más que el concepto de hogar regentado por un progenitor único resulta totalmente aceptable, le ruego que no me mate, pues con ello despojaría a mi retoño de una estructura familiar estable basada en el cuidado de ambos cónyuges» (*Cuentos...*, p. 57). Por su parte la familia de osos del cuento de *Ricitos de Oro* «vivían todos una existencia antropomórfica diseñada como familia nuclear [...] Ni que decir tiene que todos lamentaban profundamente esta circunstancia, ya que, tradicionalmente, la familia establecida en torno a un núcleo no ha servido para otra cosa que para esclavizar a las mujeres, inculcar una moral farisaica en sus miembros e infundir en las generaciones subsiguientes rígidas nociones en lo que se refiere a los respectivos papeles heterosexuales de sus miembros» (*Cuentos...*, p. 79). Consecuentemente aparecen tratados una serie de aspectos en torno al género. Cenicienta emulando modelos irreales de belleza femenina, según la estética de muñeca Barbie que correspondía a su concepto de atractivo femenino, enloquece sexualmente a los varones en una machista orgía de destrucción (*Cuentos...*, p. 68 y p. 74), y la Bella Durmiente es objeto de la siguiente maldición del hada: «¡Así crezcas en el convencimiento de que jamás serás una mujer completa sin la presencia de un hombre, así alimentes las más absurdas esperanzas de perfección y felicidad en lo que se refiere a la felicidad de tu matrimonio y así te conviertas en un ama de casa aburrida, insatisfecha y descontenta!» (*Más cuentos...*, pp. 90-91). Por su parte, Esmeralda se niega a entregarle su primer hijo al enano saltarín porque interfiere en sus derechos de reproducción, así que abre una clínica de planificación familiar en California «para enseñar a otras mujeres a no dejarse esclavizar por sus sistemas reproductores y vivió soltera el resto de sus días como una persona concienciada y realizada» (*Cuentos...*, p. 41).

En lo concerniente a los hábitos amorosos, Blancanieves le reprocha al príncipe: «—Y tú [...] intentando hacértelo con una chica que está en coma. ¡Puj!» (*Cuentos...*, p. 104), mientras que el prín-

cipe del cuento *La Princesa y el guisante* se plantea otra opción sexual: «pero quizás haya caído en la trampa de la mayoría ortodoxa heterosexual. A lo mejor existe por ahí un magnífico y joven príncipe adecuado para mí» (*Más cuentos...*, p. 45).

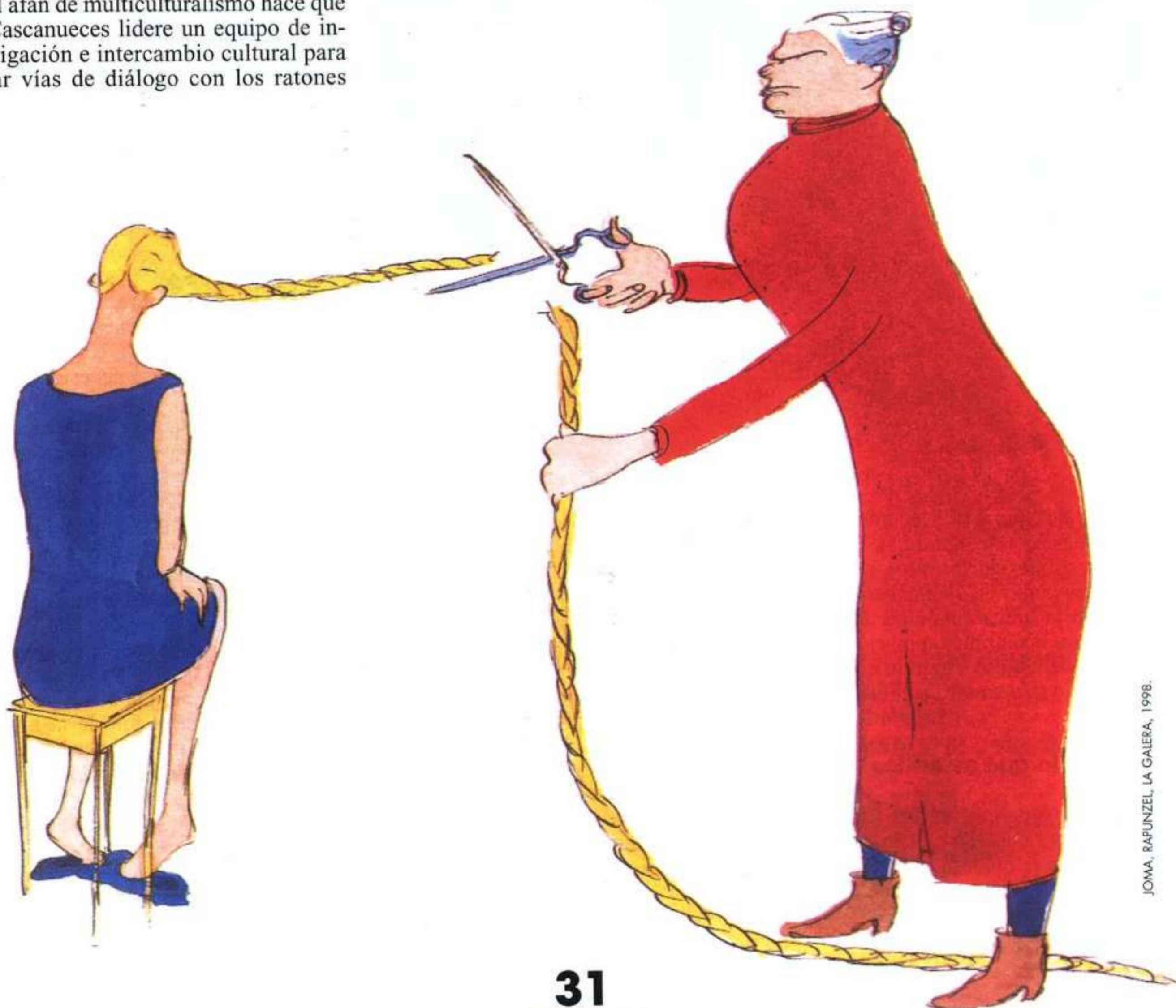
La realeza de los cuentos aparece malparada. Por ejemplo, en *El Cascanueces* se cuenta que el cocinero preparaba para los niños un castillo de dulce «decorado con montones de campesinos y siervos de mazapán que escalaban sus muros y derrocaban a los parásitos que integraban a la familia real» (*Cuentos navideños...*, pp. 47-48), y el emperador del traje nuevo es «fatuo e intelectualmente limitado», «pleno de fascismo y testosterona» (*Cuentos...*, pp. 24-25).

El afán de multiculturalismo hace que el Cascanueces lidere un equipo de investigación e intercambio cultural para crear vías de diálogo con los ratones

(*Cuentos navideños...*, p. 53), o que Glacial, «la persona de nieve», organice una marcha en protesta por el calentamiento de la tierra debido a la capa de ozono en la que: «Bobby y Betty también hicieron su parte. Fueron a buscar a su perro *Spot* y a su minino *Puff* y se dispusieron a unirse a la marcha. A continuación, llamaron a sus amigos Ahmed y Fátima, a sus amigos Ho-Shi y Chin-Wa, a sus amigos Shadrach y Lu'Minaria y a su amiga Brezo —que acudió con sus dos mamás—, y todos juntos se incorporaron al desfile de personas de nieve» (*Cuentos navideños...*, p. 38).

Las tradiciones navideñas, como consecuencia, se modifican y Papá Noel aparece como «miembro de la Elite del Poder Genital, Kris Kringle» (*Cuentos navideños...*, p. 13), es un tirano de renos

y elfos, sobrealimentado y vestido de rojo (p. 68) y cuando pregunta dónde está el árbol le responden «en el jardín como está mandado» (p. 19). Los usos culturales varían y así encontramos: «A continuación, se afanaron en decorar su árbol de Navidad del modo más diverso y equitativo imaginable. ¡Oh, cuánto se divirtieron adornándolo con estrellas de David y menorás, y dragones orientales y adornos sintoístas, y estrellas y medias lunas y fetiches de todos los tamaños. Colgaron de él manojos de acebo por los druidas, talismanes por los naturistas, y yin-yangs, amuletos, varillas de I Ching, cartas del tarot, runas y todas las formas concebibles de símbolos y mandalas. Al concluir, admiraron



JOWA, RAPUNZEL, LA GALERA, 1998.



FRANCISCO INFANTE, EL VESTIDO NUEVO DEL EMPERADOR, LA GALERA, 1995.

aquel árbol tan gloriosa y ecuménicamente dispuesto» (pp. 122-123).

También se introducen otros nuevos usos sociales como las demandas en el juzgado con la única finalidad de una compensación económica, por ejemplo en el cuento del Pollito Chiquito que demanda al cielo (*Cuentos...*, p. 111).

Consolidar lo que se critica

Las nuevas versiones de los cuentos de Finn Garner muestran muchos de los temas que dan la mano al movimiento políticamente correcto, pero que en el

fondo pervierten lo que teóricamente pretenden. Una muestra evidente sería la prohibición, el año 1999, en uno de los estados USA del texto del cuento de *Caperucita Roja* en las escuelas por considerarlo extremadamente violento.

Es interesante recordar algunas opiniones que podemos relacionar con esta censura. En el año 1982, desde la interpretación marxista, Hugo Cerda señalaba que muchos autores y autoras, con el pretexto de combatir todo vestigio de crueldad o violencia, caen en una posición extremadamente paternalista y puritana, invirtiendo o alterando lo que consideran negativo o censurable en un

cuento, contribuyendo, a la larga a consolidar lo mismo que critican. Gonzalo Suárez opina en relación a este aspecto: «Preferimos que otros ejerzan, por nosotros, el horror. Como si la Caperucita, después de leer el cuento de Perrault, no tomándolo en consideración, se adentrara confiada por el bosque, en busca del lobo.

Los niños que fuimos, incluso nuestros ancestros, que también fueron niños, sufrieron la misma agresión oral o escrita, que ahora padecen, visual o sexual, los niños de ahora. Los cuentos de antaño, aunque los hayamos olvidado, no eran menos crueles ni terroríficos. De Perrault a Walt Disney, sádicos donde los haya, pasando por Andersen, hasta los dibujos animados japoneses, por no mencionar el cine para adultos al que, más allá de irrisorias acotaciones de horarios, se tiene acceso cotidiano, y en casa, nunca se nos ha escatimado el espanto. Niños convertidos en burros, devorados por ballenas, madrastras asesinas, progenitores dispuestos a abandonarlos, ogros que se relamen antes de despedazarlos, cocinarlos y engullirlos, por no citar más que algunas lindezas de literatura infantil, competirán en horror y sin desdoro no sólo con productos de ficción al uso, efectos especiales mediante, sino y sobre todo con cualquier telediario [...] Diríase que el terror de unos para con otros, o sea el sadismo, es una perentoria necesidad pedagógica».⁹

Y Fernando Savater destaca: «Los cuentos no son brutales ni enseñan a serlo; son crueles, a menudo feroces, pero siempre defienden la pureza valerosa que en el hombre remedia y vence lo cruel y lo feroz. No dicen que la vida sea idílica, tranquila, armónica, siempre gratificante; dicen que para quien lucha bien, la vida es posible sin dejar de ser humana». También Kieran Egan defiende que hay que apoyar el uso constante de narraciones populares «para explorar la gran narración de la historia humana a través de las intenciones, esperanzas, temores y acciones de personas reales».¹⁰

Por su parte, Víctor Moreno observa: «Los adultos consideramos que los niños estarán a salvo de desviarse del buen camino, si controlamos y animamos de-



ARNAL BALLESTER, CABELLOS DE ORO, LA GALERA, 1993.

mocráticamente sus lecturas; es decir, si se educan de acuerdo con el canon formativo que nosotros tenemos como bueno. Somos más rousseauianos de lo que aparentamos ser. En el principio, en el medio y en el final, no sólo se controla la lectura, sino al propio sujeto. Al fin y al cabo la lectura, como viaje o como verbena, sigue siendo un pretexto ilustrado de democrática y social colonización de la infancia».¹¹

En opinión de José Luis Polanco la fuerte obsesión didáctica que hace que, en los libros dirigidos a la infancia, los textos muestren una preocupación excesiva por hacerse entender, por explicitar todo, por aclarar hasta el extremo las ideas y las situaciones, en definitiva esconde «una actitud paternalista y moralizante, que deja entrever la escasa confianza

que los adultos tenemos en el niño; y que encubre, además, una cierta aversión hacia una cultura que enseñe a pensar por uno mismo».¹² Y Fabricio Caivano nos recuerda: «Leer entre líneas es una costumbre interesante. Pero conviene precisar que puede quedarse en un ejercicio de lectura plana, tramposa, puesto que fuerza la inocencia directa de la narración. Una cosa es leer una tarde cualquiera, escapándose de mil cosas, y otra muy distinta es hacer un sesudo análisis de contenido... y pretender imponerlo con un criterio de calidad literaria».¹³

Frente a la obsesión por eliminar todo aquello «políticamente incorrecto» de la literatura infantil podemos señalar la opinión de Fran Antúnez, una de las protagonistas de la novela *Atlas de Geografía Humana* de Almudena Grandes:

«El mundo era clasista, pero mi educación no lo contemplaba. Las calles estaban llenas de fascistas, sexistas, racistas, asesinos y, en general, hijos de puta de todos los pelajes, pero mi educación era expresamente no competitiva, y nos puntuaban sobre doce para que fuera más difícil suspender. Sólo teníamos prohibidos los cuentos de hadas. Al matricular a cualquier niño de párvulos, se informaba a sus padres de que, según el criterio del equipo docente, esas historias empapadas en sangre por herida de arma blanca transmitían una turbia violencia de connotaciones sexuales que resultaba muy perjudicial. Fíjese, todavía puedo recitarlo de memoria. No se puede usted imaginar el coñazo de cuentos que leíamos en clase, la locomotora solidaria, el cirujano responsable, el árbol que se hizo amigo de un caracol, el fusil que se negaba a disparar... Cada protagonista blanco tenía un amigo negro, o chino, y el sexo de los protagonistas estaba rigurosamente equilibrado, el mismo número de niños que de niñas. Cuando aparecía una mujer mayor, era ingeniera, o directora de orquesta. Los hombres, en cambio, lavaban los platos y no sabían conducir. Para realidad virtual, aquello. Todo mentira. Y nuestros días parecían sacados de alguno de aquellos cuentos.»¹⁴

El escritor Juan José Millás refleja otra de las contradicciones de la realidad global: «A veces, compras para tu hijo pequeño un cuento lleno de valores democráticos y cuando llegas a casa te das cuenta de que la manipulación de ese material didáctico se ha llevado a cabo en Taiwan, por un esclavo de seis o siete años. Puedes, para aliviar tu culpa, domiciliar en tu banco el tratamiento de un leproso hindú o de un sudanés con escorbuto. Pero no hay quien te quite el sabor amargo, el retrogusto, que diría un enólogo, de educar a tu hijo con libros en cuya encuadernación se ha dejado las yemas de los dedos un niño de su edad. Es imposible dar un paso, en fin, sin perpetrar una miseria o, lo que es peor, sin ejercer la caridad, la pena».¹⁵

Henry Giroux¹⁶ evidencia que hay que leer críticamente textos de todo tipo no tan sólo desde el punto de vista de lo que dicen, sino también desde el punto de vista de lo que omiten, excluyen o niegan.¹⁷ Según reflexiona Helena Medina, aunque en teoría todos los grupos discriminados se benefician de la corrección política, «en realidad, quienes permiten su difusión, quienes *dejan hacer* a

estos colectivos son los medios de siempre, los mismos que antes llevaban la batuta y seguirán llevándola por mucho tiempo. Detrás de tanta deferencia, quizá se encubra sólo el deseo de mantener contentos a quienes amenazan con desestabilizar el *status quo* [...]. La exhibición de un comportamiento políticamente correcto es una medida a largo plazo, fiel al principio de que «es necesario que todo cambie para que todo siga igual».¹⁸

Ojalá que movimientos como el que critica con humor James Finn Garner no

prendan en nuestras vidas, en nuestras escuelas. Que entre tanta teoría no nos olvidemos que, sobre todo, leer es un placer que va con otros que le acompañan: bucear en las estanterías de las bibliotecas, descubrir colores y olores entre los expositores de las librerías, leer lo que nos apetece cuando y como queramos, prestar y recibir en préstamo libros especiales para nosotros o para las personas que queremos, leer cuentos a quién escucha con unos ojos enormes y fascinados... libros llenos de historias que nos ayudan a entender y a disfrutar

cosas que jamás descubrimos en los libros de texto. Porque el mundo, afortunadamente, no se acaba en las paredes de nuestras clases. Y la vida, normalmente, está afuera. ■

* **Consol Aguilar Ródenas** es catedrática de la Escuela Universitaria de Didáctica de la Lengua y la Literatura. Departament d'Educació de la Universitat Jaume I de Castellón (Valencia).

Notas

1. Colomer, T., *La formación del lector literari*, Barcelona: Barcanova, 1998.
2. Lomas, C., Osoro, A. y Tusón, A., *Ciencias del lenguaje, competencia comunicativa y enseñanza de la lengua*, Barcelona: Paidós, 1993.
3. Nussbaum, L. y Tusón, A., «El aula como espacio cultural y discursivo», en *Signos* 17, pp. 14-21.
4. Stenhouse, L., *Cultura y Educación*, Morón: Kikiriki Cooperación Educativa, 1997.
5. Giroux, H. y McLaren, P., *Sociedad, cultura y educación*, Madrid: Miño y Dávila Editores, 1998.
6. Postman, N. y Weintgartner, C., *La enseñanza como actividad crítica*, Barcelona: Fontanella, 1975.
7. Verdú, V., «La etiqueta genuinamente americana», en *El País*, 19-IX-1995, p. 14.
8. Gallego-Díaz, S., «Lo que se debe decir», en *Babelia. El País*, 13-III-1993, pp. 2-3.
9. Verdú, V., «La etiqueta genuinamente americana», en *El País*, 19-IX-1995.
10. Medina, H., «¿Hay que ser políticamente correctas?», en *Woman* 44, pp. 60-62.
11. Mosterin, J., «Una mordaza a la libertad», en *El País*, 19-IX-1995, p. 15.
12. Verdú, V., «La etiqueta genuinamente americana», en *El País*, 19-IX-1995.
13. Gallego-Díaz, S., «Lo que se debe decir», en *Babelia. El País*, 13-III-1993, pp. 2-3.
14. Suárez, G., «Sade y el lobo», en *La Esfera. El Mundo de los Libros* 35, 12-VI-1999, p. 2. (Véase, además, Lurie, A., *No se lo cuentes a los mayores. Literatura infantil, espacio subversivo*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1998.)
15. *Ibid.* nota 2.
16. Moreno, V., «Del horrible peligro de la lectura», en *CLIJ* 43, octubre 1992, pp. 13-20. — «La lectura como viaje. Metáforas sobre la lectura IV», en *CLIJ* 109, octubre 1998, pp. 24-36.
17. Polanco, J.L., «Mensajes ocultos» en *CLIJ* 13, enero 1990, pp. 16-22.
18. *Ibid.* nota 1.
19. Grandes, A., *Atlas de Geografía Humana*, Barcelona: Tusquets, 1999.
20. Millás, J.J., «El cerdo», en *El País*, 10-XII-1999, p. 96.
21. Giroux, H., *Placeres inquietantes. Aprendiendo la cultura popular*, Barcelona: Paidós, 1996.
22. Aguilar, C., «Didáctica de la lengua i ideologia», en García, M., y otros (ed.), *Ensenyament de llengües i plurilingüisme*, Valencia: Universitat de València, 1999, pp. 305-310.
23. Medina, H., «¿Hay que ser políticamente correctas?», en *Woman* 44, pp. 60-62.

